

HISTORIA DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Ramón MENÉNDEZ PIDAL

(Madrid: Fundación Ramón Menéndez Pidal y Real Academia Española, 2005, 2 vols. de 1368 y 752 págs.)

Si la *semiología* se ocupa de la vida de los signos en el seno de la vida social, nada más natural que *SIGNA* ofrezca una noticia acerca de un texto magno que trata de la vida del idioma castellano en el seno de la vida histórico-social toda del mundo hispánico.

Editada por Diego Catalán, aparece ahora esta obra pidalina tan esperada: lo que el maestro gallego-asturiano escribió de la Historia de la lengua patrimonial, que es cuanto de ella va hasta 1680.

El trabajo de editor de Catalán ha sido desde luego casi hercúleo, pues ha debido cotejar distintas versiones y estados manuscritos, y organizarlos en un conjunto sólido que resultase digno del autor; nunca se estimará bastante tal tarea de edición, pues de otra manera es lo más probable que nos hubiésemos quedado ya para siempre sin el libro pidalino.

Consta la obra de unas páginas teóricas a las que se ha puesto el título «Del lenguaje en general» y que seguramente por la amplitud del volumen primero del texto se han dejado para encabezar el segundo, más del desarrollo propia-

mente dicho de la Historia de nuestro idioma: todo el muy extenso volumen primero. Diego Catalán acompaña además la obra con el asimismo amplio ensayo que da noticia de ella, «Una catedral para una lengua», de cerca de trescientas necesarias páginas; a su vez varios índices completan el conjunto.

Esta publicación póstuma de uno de los textos capitales pidalinos constituye un verdadero acontecimiento filológico, que se produce cuando entre nosotros asistimos a una gran quiebra justamente de la filología: la obra de don Ramón supone un conocimiento y manejo constantes de datos lingüísticos, literarios e históricos pertinentemente armonizados, que hoy día es difícil ver que sea capaz de reunir un solo estudioso. Quizá por ello, cuando la obra todavía en primeras pruebas de imprenta fue presentada en los días iniciales del otoño de 2003, despertó algún comentario trivial e invidente acerca de su supuesta obsolescencia, comentario hecho en público por quien no debiera haberlo formulado y que no revelaba —como todas las invidencias— sino inseguridad interior.

Ciertamente el análisis ha progresado desde los años de la guerra española y la guerra mundial en que este trabajo quedó escrito en buena parte de lo fundamental, pero ello no lo ha envejecido necesariamente, y existen en el mismo, además, diferentes perspectivas que habían quedado inadvertidas hasta ahora para cualquier estudioso. La presente *Historia de la lengua española* resulta de lectura inexcusable, y es lectura que ha de hacerse demoradamente: lleva varias semanas poder hacerse cargo de trabajo tan amplio, y luego hay que releerlo, hacer comprobaciones, etc.

Ya decimos que —en términos generales— los años en que fue escrito el texto (salvo adiciones y la incorporación de análisis posteriores) son los de 1937 y siguientes. Don Ramón se encontró a veces privado de sus libros y papeles de trabajo, y a pesar de que contase con nuevos auxiliares y colaboradores, esa privación se advierte cuando se comprueban algunos de los datos que da el maestro; en ocasiones parece ocurrirle lo que a todos también nos ocurre, que tomamos notas en una papeleta o ficha de algo que estamos leyendo, y meses o años más tarde no sabemos interpretar bien —faltos del contexto— lo que nosotros mismos habíamos anotado. Como le ocurrió a Ortega y Gasset, a Marañón, y a todo el pueblo español, los sufrimientos de los años treinta y cuarenta han dejado una huella en la obra que no deja de advertirse en alguna ocasión si además de meramente leer nuestro texto, reconstruimos su trasfondo.

El estudio que acompaña a la obra hecho por el profesor Catalán se inscribe en el conjunto de otros escritos de este autor preciosos e insustituibles:

relata en el conjunto de los mismos la circunstancia intelectual, administrativa y política en la que se gestó la obra toda de don Ramón, con datos desconocidos y de gran relieve acerca de lo que fue su escuela en la Junta para Ampliación de Estudios. Hay que agradecer muy de veras a Diego Catalán estas aportaciones a un capítulo esencial de la historia intelectual española de —sobre todo— la primera mitad del siglo XX, capítulo en el que no parecen haber estado muy interesados no ya los adversarios ideológicos de la «Junta», sino los que luego se han comportado en verdad como sus herederos morales y en algún hecho concreto quizá inmorales.

Don Ramón trata en primer término en su *Historia...* de los substratos prerromanos, con particular detención en los datos toponímicos, pero no sólo en ellos. Alude luego a la Hispania latina y al latín de Hispania, lo que le lleva a exponer —según hizo varias veces en sus otros trabajos— la tesis de la presencia peninsular de una fonética latina dialectal suditalica (asimilaciones y sonorizaciones consonánticas, etc.).

Las épocas visigótica y sobre todo arábica poseen gran importancia en el futuro de la distribución de los dominios idiomáticos en la Península: llamamos así la atención sobre epígrafes como «El mapa lingüístico del reino godó» o más tarde el de «Toledanismo ovetense», etc. Los trasiegos de población que ocurren con la Reconquista son objeto de análisis específico, y la toponimia queda así iluminada.

Aunque de manera más bien implícita, Menéndez Pidal parece denominar «español primitivo» al que va de hacia el año mil al 1230; de manera expresa, distingue luego un «español antiguo» (1230-1474), el «español áureo» (1474-1713) y un «español moderno» (desde 1713): la parte dedicada a este último no llegó nunca a redactarla, con lo que su análisis se detiene antes incluso de ese 1713, en 1680.

Las páginas de la presente *Historia...* se hallan relacionadas a veces con otras del propio don Ramón, y en ocasiones quedaron anticipadas por él o por su editor Diego Catalán de manera póstuma, por lo que cerca de un treinta por ciento o así —si lo hemos calculado bien— de la obra resultaba ya conocida. Nada sabíamos en cambio, por ejemplo, de lo relativo al siglo XV que ahora nos ofrece don Ramón, y que resulta muy instructivo y sugeridor: José Antonio Maravall ha llamado asimismo la atención sobre la importancia de esta centuria del Cuatrocientos, y en su día lo hizo Vicens.

Asimismo, presenta innovaciones lo escrito por Pidal acerca del Quienientos en relación a algunos pasajes de su conocido artículo sobre el len-

guaje del siglo XVI: no se piense —porque no es así— que tal conferencia de los años treinta queda recogida en la obra de conjunto.

Muy amplia es la atención que dedica el autor al asunto del «seceo», lo mismo en Andalucía que en América. De esta parte había ya anticipado el autor párrafos y consideraciones en su capital monografía *Sevilla frente a Madrid*, estudio de interrelaciones histórico-culturales e histórico-sociales que ha estado un tanto inadvertido y que por esa cualidad sociocultural quisimos recogerlo con propósito de utilidad en su día, en las *Lecturas de sociolingüística* (1977); *Sevilla frente a Madrid* fue monografía de mucha relevancia, nunca quizá demasiado atendida, y que debía quedar reproducida y así lo fue —con el permiso editorial del profesor Catalán— hace ahora casi treinta años.

El análisis que hace don Ramón del idioma artístico de la segunda mitad del Quinientos y luego del Seiscientos es muy lúcido; aborda incluso la estética de la oscuridad gongorina y la polémica de las *Soledades*: son páginas que todo estudioso debe leer, aunque luego se hayan producido avances (no siempre coincidentes) en la investigación por obra de Orozco, Jammes o A. Carreira.

Aunque nuestro autor fuese, en primer lugar, un medievalista, la verdad es que el relieve de las letras castellanas de hacia mitad del siglo XVI hasta hacia la mitad del siglo XVII le llevó ciertamente a tratar con detalle y detenimiento en esta *Historia...* de las mismas. Están muy logradas las partes dedicadas en efecto a esta cronología, e incluso los estudiantes de los primeros cursos deberían asomarse a ellas; con objetividad imparcial debe admitirse que tal gusto por las centurias del XV al XVII se vio además favorecido en parte por el nacionalismo historiográfico mantenido por toda la escuela del «Centro de Estudios Históricos».

La *Historia de la lengua española* de don Ramón no es un trabajo revisado ni leído en conjunto por su autor; de ahí que no trate de la primera época de Góngora, del *Criticón*, etc., cosas que no habrían ocurrido seguramente de resultar un texto verdaderamente acabado y no póstumo: no está inacabado solamente porque se detenga en Calderón, Antonio de Solís, etc. Además y según queda apuntado, la presente obra magna pidalina no es nada más que lingüística y propiamente lingüística, ni es desde luego literaria: es filológica, lo cual resulta más difícil, pues el autor ha debido saber movilizar una gran cantidad de datos idiomáticos, históricos y literarios.

Independientemente de que los hechos nos permitan coincidir o no en todo con él —y teniendo en cuenta que lo esencial del trabajo del maestro

pertenece a la primera mitad del siglo XX—, nosotros creemos que la obra toda de don Ramón Menéndez Pidal es no sólo cualitativa y cuantitativamente impar, sino que en amplia medida continúa guardando su vigencia cuando ya estamos en el primer lustro casi cumplido del siglo XXI. No menos sólido ha sido el trabajo de sus discípulos directos, desde los más tempranos hasta los últimos como Álvaro Galmés y el editor de estas largas páginas Diego Catalán.

Al profesor Catalán debe estar agradecido el hispanismo internacional (como queda dicho) por su gran esfuerzo —junto a colaboradores a quienes él alude— en la publicación de la *Historia de la lengua española*. Se trata de una obra larga de leer, en ocasiones compleja, que aborda asuntos difíciles y no siempre inmediatamente atractivos ni divertidos, que lleva a revisar textos a veces no fácilmente accesibles, pero *de necesidad obligada para quien desee poseer un fondo filológico sólido*.

Nos tememos que este texto va a ser aludido más veces que verdaderamente leído en su totalidad: por eso lo encarecemos ante nuestros alumnos, y ante quienes con buena voluntad se hayan acercado a esta pequeña presentación del mismo. Encarecemos, asimismo, la lectura o relectura simultánea de otras obras pidalinas que forman conjunto con la *Historia...*: nos referimos a los textos sobre el Cid, sobre juglares y trovadores en España, a *Orígenes del español*, *Romancero Hispánico*, etc.

Francisco Abad
UNED